

1945: Big Bill Broonzy tiene cincuenta y dos años; Lightin' Hopkins, treinta y tres; Ray Charles, trece; Elvis Presley, diez; Bob Dylan, cuatro; Otis Redding, cuatro; Paul McCartney, tres; Mick Jagger, uno; Janis Joplin aún no ha sido concebida; Jimi Hendrix acaba de nacer. El blues inicia su conquista del mundo blanco. 1970: el blues se pasea en «limousine», el rock se instala en estudios totalmente climatizados. Ni uno ni otro podrán volver a ser lo que un día fueron. Ambos han sufrido una terrible sacudida. Big Bill Broonzy ha dejado de existir, Lightin' Hopkins es una vieja estrella, Ray Charles hace grandes negocios, Elvis Presley es ya «el viejo Elvis», Otis Redding no está entre los vivos, Paul McCartney se ha convertido en un buen padre, Janis Joplin cae víctima de una «sobredosis», Jimi Hendrix se suicida a base de barbitúricos. De él sólo quedan hoy guitarras mudas, relumbrantes oropeles, unos cuantos rollos de película, una decena de matrices de cera.

Pero se ha producido un hecho imprevisible: su música, extraña, desconcertante, esos sonidos extraterrestres lanzados sobre las cabezas de la gente, esos chirridos imperceptibles, esos difíciles acordes que hieren los oídos acostumbrados a los sonidos cosquilleantes, esas vibraciones salidas de los antipodas del *rhythm honey*, todo ello se ha convertido, en poco más de tres años, en una mercancía muy solicitada. El fenómeno Jimi Hendrix constituye, pues, para los magnates de la industria del disco un excelente éxito comercial.

La producción póstuma del guitarrista maldito es inagotable. Cada tres meses aparece en el mercado europeo una nueva grabación del guitarrista maldito. *The cry of love*, *Rainbow bridge*, *Jimi in the West*, *Experience*, *Jimi and the White Island*. Desde su muerte han sido editados por lo menos media docena de álbumes totalmente nuevos. Su calidad no siempre es buena. Extractos de recitales públicos mal registrados, bandas en las que aún no se habían terminado de hacer las mezclas, composiciones desechadas por el propio autor. Desaparecido Hendrix, las casas de discos se disputan la gallina de los huevos de oro. Mientras tanto han surgido en el mercado falsos Hendrix. Falsificaciones tanto más inverosímiles por cuanto este zurdo de la guitarra es, de todos los guitarristas pop, el más difícil de imitar.

Es verdad que esta avalancha musical está sabiamente orquestada por la imagen. Se presenta en las pantallas un viejo film, de 1967, *Monterey Pop*, que nos muestra a un Hendrix pleno de vitalidad. Se trata de su primera aparición ante el público americano. En la última edición del MIDEM fue exhibido un cortometraje titulado «Jimi Hendrix en Berkeley», que, presentado en salas normales, potenciará, sin



El fenómeno Hendrix: del talento no reconocido a la beatificación.

JIMI-GUITAR

duda, las ventas de sus discos.

¿Curiosidad de la era electrónica? ¿Devorador exhibicionista, destructor de guitarras? ¿Maniquí del Experience-Look? Si no hubiese sido más que eso, la muerte, tejedora de leyendas, bastaría para explicar la explosión de Hendrix. Pero su ascensión supera con mucho los ritos de beatificación reservados a todo artista maldito. Su muerte no es más que un accidente en una trayectoria que no puede quedar limitada entre dos fechas inscritas en un registro de estado civil o dos festivales pop.

Salido de la esclavitud, el blues ha conocido sucesivamente la electricidad, la iglesia, el mundo de los blancos, el de los «cow-boys». Hasta que llegó Jimi Hendrix. Hijo de negro americano y nieto de indio Cherokee, Hendrix inspira temor al mundo blanco y, sin embargo, no consigue integrarse plenamente en la comunidad negra. Con su corte de pelo africano, sus cintas en la frente, sus vistosas camisas, Hendrix pulveriza la imagen del músico negro pasado por el rodillo compresor del público blanco: «smoking» rojo, pajarita, gemelos de gran tamaño.

Hijo de la América de los oprimidos, Jimi Hendrix jamás echó raíces en ninguna parte. Ni en la escuela, de donde fue despedido a los dieciséis años. Ni en el Ejército: un mal aterrizaje en paracaídas le devolvió a la vida civil a los diecinueve años, con una pequeñísima pensión como compensación por una grave herida. Ni en las salas de espectáculos. Jimi aprendió música solo, a fuerza de escuchar por la radio a B. B. King y Eddy Cochran. Aprendió pronto lo suficiente para acompañar en Harlem, en

Greenwich Village, en Nashville, a todos los grandes nombres del *rhythm and blues*. Pero no dura en ninguna parte. No gusta su exhibicionismo. Toca demasiado fuerte y su forma de vestir es demasiado llamativa. Le obligan a presentarse con «smoking» y corbata. Le colocan detrás de los amplificadores para castigarle. Pero no obedece, y entonces le despiden sin miramientos.

Un día, un astuto «manager» descubre a Jimi en un sórdido antro del Village y decide trasplantarle a otro continente. «De todas formas —observaría luego Jimi Hendrix—, yo me encontraba ya desarraigado». Y es en 1966, en Londres, cuando James Marshall Hendrix se convierte en Jimi, y su grupo toma el nombre de Experience. Pero este piel roja negro que asombra a Gran Bretaña, y de refilón a los Estados Unidos, está continuamente en el umbral de la ruptura, al borde del abandono.

En 1969, en Woodstock, Jimi actúa en plena tormenta ante un público poco numeroso. Corre a cada momento el riesgo de electrocutarse. Y lo sabe. Se obstina en tocar con los elementos desencadenados. Es la suya una música introvertida, compleja, incoherente. Nadie puede seguirle tan lejos. En 1970, Jimi acude a la isla de White. Durante la primera hora de actuación apenas ocurre nada en el escenario. Jimi afina su instrumento, desaparece, vuelve a aparecer, pega chupadas a un cigarrillo de marihuana que ha colocado entre las cuerdas de la guitarra. Pero, de repente, Jimi se da cuenta de que hay 400.000 personas con sus ojos puestos en él. «Lo siento, estaba ausente». Y entonces, durante media hora, Jimi arrastra,

enloquece a la multitud con su guitarra. Poco después, cuando acarcia ya el proyecto de formar una orquesta grandiosa, para «reunir todo lo que hemos aprendido, musicalmente hablando, durante los treinta últimos años —el blues, la música occidental, la dulce música del oplo—, y mezclarlo, fundirlo todo». Jimi se va. Esta vez definitivamente. Destrozado como su guitarra al final de un concierto.

Fiel reflejo de sus rupturas, de sus repulsas es su música. «Hay que distinguir entre la guitarra antes y después de Hendrix». Las opiniones son unánimes. Jimi no produjo arreglos sutiles ni refinamientos sonoros; la sabiduría musical, el perfeccionismo, siempre le repugnarón. «Lo que yo hago es *freak and funky*» o «mi música es *blues free form*». Su guitarra se apropió del blues negro y del rock psicodélico blanco para sustraerlos a los registros clásicos de audibilidad, a las líneas armónicas y rítmicas. La melodía es casi inexistente. Juega con lo ensordecedor, lo disonante, lo irrisorio, lo blasfematorio. Sus «interpretaciones» de himnos nacionales son la mejor demostración de la desenvoltura con la que aborda sus temas. En su versión *Star and Stripes* resulta totalmente descompuesto. Tan grotesco y enloquecedor como su *God Save the Queen*. Tampoco muestra Jimi más respeto por el ritmo. Este viejo mecanismo familiar se destruye totalmente para renacer de en medio del delirio.

«No soy yo el único que tiene ideas. También mi guitarra las tiene —decía Jimi—. De nuestra asociación puede surgir algo nuevo». Los «larsens», por ejemplo, los silbidos, los chirridos, los parásitos, cuidadosamente eliminados hasta entonces, son domados por él y revalorizados musicalmente. El accidente se transforma en nueva sonoridad.

Como Jimi-guitarra, Jimi-poeta tiene una voz inquietante y desesperada que nos introduce en un mundo inconexo. Se trata del «Electric Ladyland», el «Pepperland» de Hendrix. «Me gustaría saber cantar —sólo decir Hendrix en son de queja—, pero sólo se me escapan palabras de la boca». Más que palabras, sonidos. No hay en sus composiciones ningún mensaje en el más estricto sentido de la palabra. Si la música comprometida es la ilustración sonora de un discurso político, los chirridos de Hendrix escapan a esta definición. Su música no apela a la subversión. Su música es subversiva. Es la afirmación insolente de la no-cultura, la negación de las normas estético-comerciales dominantes, la reapropiación, por parte de un desarraigado de veinticinco años, de una música que le pertenece. Es un vehículo de rebelión contra el viejo mundo. Un medio de saltar aún más lejos que la generación hip.

Para quienes le admiran, Jimi es mucho más que un músico que tocaba la guitarra con los dientes.

■ MARIELLA RIGHINI.